

ENFERMERA DEL MUNDO Y PARA EL MUNDO

Paula Fernández Sangil

Noto el frío sobre mis mejillas, supongo que de nuevo se me pondrá la nariz colorada. Las manos metidas en los bolsillos y resguardadas en unos guantes bien gordos. Son las 7.00 am.

Esta mañana, caminando hacia ese edificio que ya parece convertirse en mi segunda casa, recordaba el momento en el que decidí meterme en semejante jaleo.

Con apenas 18 años yo no tenía nada claro a qué dedicarme en el futuro. Entre las sesiones a las que asistí en el colegio hubo una que me gustó especialmente. No recuerdo con exactitud qué nos dijo aquella recién diplomada en Enfermería. Solo sé que habló tan convencida de su carrera y de lo lejos que puedes llegar sin salir de la habitación de “tu” paciente, que me subí al coche al acabar la jornada escolar y le dije a mi madre: *Ya lo sé. Voy a ser enfermera.*

Cruzo el umbral de la puerta. Saludo a Mercedes. Una mujer encantadora. Se encarga de la recepción de pacientes y familiares. Realmente no creo que haya nadie mejor para este puesto. Con su sonrisa hace que esos nervios habituales a la entrada del hospital se le quiten a uno nada más verla. Se nota que es madre. Bajo esas arrugas se encuentran horas y horas de esfuerzo por sacar adelante una familia, noches de insomnio por un hijo enfermo o madrugones por llegar a trabajar habiendo llevado a todos al cole, pero sobre todo, creo que si la mirada profunda de nuestra Merche conquista, es por ese “algo” que hace que, al saludarte, te consideres la persona más importante del mundo para ella en ese momento. No se le escapa una.

Al entrar en el vestuario y ver el trajín habitual, recuerdo a mi amiga Carol: *La verdad, me cuesta entenderlo. No sé como te quieres dedicar a una profesión donde lo único que ves es sufrimiento. Yo desde luego no podría.* Sonrío. Su cara de pavor me dejaba claro que no le gustaba mi elección. Sin embargo, aquí hay mucha gente, no creo que seamos un conjunto de chalados. Eso sí, es algo vocacional, se lleva en la sangre, aunque yo no me diese cuenta hasta bien tarde...

Ponerme el uniforme con la mejor sonrisa será un solo paso. Yo lo considero parte de la vestimenta. Si mi trabajo es un servicio a personas que se encuentran en una situación de dolor, el primer calmante que puedo darles será un intento de transmitir alegría, esperanza. Una inyección de optimismo. Que además... ¡es gratis!

Apago el móvil. Durante el tiempo que aquí esté, estaré cien por cien.

Ahí está Pedro. Parece que no ha pasado muy buena noche. Las sábanas están revueltas y no tiene buena cara. Tiene 35 años. Hace 17 se le diagnosticó un linfoma Hodgkin. Parecía que después del tratamiento había mejorado, sin embargo, ha vuelto esta semana después de que se le detectó una recidiva. El tratamiento le ha dado una reacción inflamatoria en la piel como nunca habíamos visto en ningún otro paciente. Los médicos se plantean qué hacer, pues las dosis que le tocarían son más altas, pero después de esto... Abre los ojos al sentir el ruido propio del cambio de turno. Le miro, sonrío y me acerco a la cama. Está en aislamiento, me pongo la bata y la mascarilla.

Buenos días Pedro, le susurro. ¿Cómo está esta mañana? ¿Qué tal ha pasado la noche? Bastante regular, me contesta. Todo movimiento es una tortura para la piel. Me despierto y cuando parece que me vuelvo a dormir comienzan esas pesadillas...

Pues vamos a poner soluciones. El aspecto de las heridas parece mejor que ayer. Después del baño voy a ver más a fondo. Es verdad que es un momento muy incómodo y doloroso. La curación lenta. Pero le digo una cosa, Pedro, nosotras estamos aquí para todo lo que necesite, todo, ¿eh? Por favor, no se haga el fortachón, pídanos lo que quiera, si tiene dolor veremos si es posible darle un calmante, si algo le molesta trataremos de intentar otras opciones...para esto estamos, ¿no? Ahora son las siete y media de la mañana, es día 12 de noviembre, ya se puede imaginar el frío que hace en la calle. Mire por la ventana, ¡los colores del cielo son realmente preciosos! No sé si usted es de los que le gusta la naturaleza pero recuerdo cuando trabajaba en un centro de salud a las afueras...cada mañana me sacaba una sonrisa aquel hombre completamente enfundado de cabeza a pies...que en el parque miraba con su telescopio. ¡No faltaba un día!

Parece que he conseguido distraerle un poco. Echo una ojeada al resto de pacientes desde esa pequeña ventanita que tienen cada uno en la puerta de su cubículo. La mayoría aprovechan los últimos minutos antes de que empiece el ajetreo de los baños.

Ahí sigue Carmen, parece que ha dormido con el gorro que le trajo ayer su hija, regalo de sus nietos. Recuerdo el día que ingresó. Me habían explicado a lo largo de la carrera que la enfermería es un servicio, una entrega bastante especial a otras personas. Concretamente, a personas que se encuentran en una situación difícil en su vida por estar viviendo en su propia piel o en la de sus familiares un dolor físico y/o psicológico. *Es en ese momento en el que tú, como profesional, apareces en su vida y te descubren su intimidad.* Me habían dicho una vez. En unas circunstancias de especial vulnerabilidad, la tarea de la enfermera consistirá en acompañar, ayudar, tratando de evitar o disminuir el sufrimiento todo lo posible.

Carmen era el vivo retrato de esta explicación.

En la UCI cada enfermera llevamos entre uno y dos pacientes. Tras distribuirnos el trabajo comenzamos con los aseos. Aunque es una actividad que hacemos todos los días, no es algo rutinario. En primer lugar, porque requiere desnudar al paciente, lo que debe implicar el mayor respeto y delicadeza posibles. Y en segundo lugar, porque es un momento muy importante de valoración. A través del baño y cambio de cama será necesario poner los cinco sentidos a trabajar al máximo. Todo dato será importante. Y el saber recogerlos y analizarlos es de mi competencia. Yo observo cómo se encuentra el paciente, analizo cómo está afectando la enfermedad a él en concreto. El equipo médico vendrá después. Pero solo podrá estar un breve período de tiempo. Yo como enfermera estaré las veinticuatro horas a pie de cama. El médico cura, estudia el proceso de enfermedad; yo cuido, acompaño, ayudo al enfermo.

Mientras cojo juegos de sábanas limpios y ayudo a Maica, una de nuestras auxiliares, con las bateas y esponjas, recuerdo aquel profesor que tanto nos insistía: *la enfermera no es la ayudante del médico, la persona que pone vacunas o trae las pastillas prescritas a la habitación. No somos sujetos que vivimos pasivamente el proceso de enfermedad realizando procedimientos aislados a nuestros pacientes, sino que, apoyados en una fuerte base científica y conscientes de cuáles son nuestras tareas y competencias, nos damos como personas en cada una de ellas.*

Pues allá vamos. Cristina es una mujer de sesenta y tres años. En el parte me comentaron que ingresó ayer por vómito fecaloide como complicación a una obstrucción intestinal muy severa. Ha bajado a la unidad desde la planta de cirugía. Se programa para hoy una gastroscopia. Como no he coincidido con ella, al entrar la saludo y me presento explicándole que seré yo la encargada de cuidar de ella por la mañana. Me sonrío y aprieta la mano. Denoto cansancio y tristeza. Está consciente y orientada. Presenta un buen patrón respiratorio así como un buen ritmo, frecuencia cardíaca y tensión.

Mientras hablamos me cuenta lo preocupada que está.

Estoy muy sola, ¿sabe?. Me dice. Sé que soy una persona con suerte por encontrarme en tratamiento pero la soledad me hace temblar. He dado toda mi vida por sacar adelante a mis hijos, a mis nietos...pero ahora...lo sé, soy una carga. Rompe a llorar.

Cristina, las cargas son cosas, y usted no es una cosa, una alfombra o un armario. Usted no es una carga. Usted todavía tiene mucho que aportar al mundo. Que no tenga fuerza o capacidad para ir corriendo detrás de los nietos no significa que ya no sea su abuela. Usted es una oportunidad, es una enseñanza muy grande al mundo en el que vivimos. No puede rendirse. Es normal que vengan momentos de bajones pero no se deje llevar por ellos. Usted es más fuerte. Es un ejemplo. Cristina, ¿no sabe la suerte que tiene su familia de tenerla! La necesitan. Así que aleje esos pensamientos. Observo que tiene en la mesilla un dibujo que debe haber hecho algún pequeñuelo. Lo cojo y se lo acerco.

Me mira. Sonríe. *Cristina, le voy a dar un poco de vaselina en los labios, ¿le parece?* Le pregunto si le gustan las revistas y tras contarme que es la primera compradora de prensa rosa en el quiosco, le cuento alguna noticia que ayer escuché en el telediario de última hora.

Miro el reloj. Entre unas cosas y otras ya se ha hecho tarde. Carrerillas para un lado y para otro. Nos informan que viene un ingreso de urgencia. Hombre en anuria desde hace tres días. Tras ingresar en el centro de su pueblo adquiere neumonía. Se acumula el trabajo. Paro un momento. No debo entretenerme en cosas que no lo requieran pero la conversación con Cristina ha sido una parte muy necesaria de mi cuidado. Atiendo

personas, cada uno es único y requiere unos cuidados también únicos. Quizá otro no, pero Cristina necesitaba contar sus preocupaciones. Será tan importante como poner una medicación. “Humanizar la ciencia”, esa es la función de una buena enfermera.

Cuando vuelvo a verla, transmite más tranquilidad. Me comenta lo horrible del vestido de “esta” y el fugaz noviazgo de “aquellos”. Coqueta, me pregunta si está guapa para su hija que entrará en unos momentos. *¿Solo guapa?* Le contesto.

Llega el momento del café de media mañana. Salimos a la salita que compartimos con quirófano. Cirujanos y enfermeras ríen y nos saludan al vernos llegar. Creo que hay bastante buen ambiente. Aunque somos muchos y nunca uno es moneda que gusta a todos, en la mayoría de los momentos se trabaja muy bien en equipo. Cada uno sabe su sitio y funciones y no duda si en algo puede aliviar la carga a los demás miembros. Desde no pisar la zona que nuestra gente de limpieza acaba de fregar, hasta ayudarnos en formación. Y es que somos conscientes de que tenemos un objetivo común, la salud del paciente; y que si trabajamos juntos, el resultado será mayor a la suma de cada una de las aportaciones. Durante el café desconectamos un poco. Somos profesionales. No podemos sentirnos la hermana, hija, mujer, madre...familiar de cada persona a la que cuidamos. Porque no lo somos, porque no le ayudará ni a él ni a nosotras. Sin embargo, eso no quiere decir que se establezca una distancia que se oponga a la implicación. La enfermería es darse, darse, darse. Establecer una relación muy particular, única con cada paciente por ser únicos como persona. Es dar lo que tienes, darte como persona.

Y es que para dar, tienes que tener algo. Ese algo comprende toda la dimensión científica de conocimiento y unas habilidades, actitudes y valores en los que te formas, que absorbes y con los que esponjas a “tus” pacientes. En equipo todo es más fácil. Trabajo con otros y para otros.

Al entrar de nuevo en la unidad me comunican que colocarán a Pedro una vía central en yugular derecha para quitar la que lleva en izquierda y que es posible foco de infección. El equipo médico lo comunica al paciente. Observo su cara de sufrimiento y me acerco. Le pregunto como está. Me explica que tiene mucho miedo y está cansado. Entiendo que no se encuentra receptivo como para explicarle el procedimiento. Le miro y le digo que le agarraré la mano todo el tiempo. Sube las cejas y me contesta: *¿sí?, ¿de verdad?*

Tras pasar mala noche observo como parece quedarse adormilada agarrada a la mano de su madre. Decido esperar unos minutos para comprobar si se duerme profundamente. Creo que sí. Se llama Paula, tiene diecisiete años. Casi conteniendo la respiración pongo una almohada a esta madre que ha venido de lejos en busca de alguien que apueste por su niña.

A pesar del esfuerzo que supone para nosotros, si se me muere, por lo menos siempre tendré el consuelo de que he hecho todo lo que tenía en mis manos, me dirá antes de irse a mediodía.

Está claro que la base de la relación que estableces con los pacientes está en la confianza. Solamente si confían en que haces todo lo que se encuentra en tu mano, si demuestras la cercanía y disponibilidad necesaria, solo entonces te contarán sus pensamientos, se apoyarán en ti como profesional y ante todo como persona.

Una gran profesora me dijo una vez: *Para poder ser una buena enfermera debes ser primero una buena persona.* No se equivocaba.

Me gusta pensar que debo ser una enfermera del mundo y para el mundo. Que viva en la realidad del mundo, que se interese por otras disciplinas, por la actualidad, que conozca que está pasando fuera del hospital. Solo así podré conocer las demandas de mis pacientes, solo así podré comprender las necesidades de la sociedad y solventarlas mediante mi trabajo día a día.

Así, los conocimientos de la disciplina enfermera se verán interrelacionados con otras muchas dimensiones, prismas de la realidad. Y solo así se entenderán otras culturas, otras formas de pensar, y de llevar la situación de enfermedad.

Ya está llegando la hora de final del turno. Una mujer mayor ha entrado a ver a su marido ingresado. Nos saluda a mi compañera y a mí, y avanza hacia él. Su paso, torpe por la edad, no le disminuye las “ganicas” de verle. Le mira, le besa en la frente y le pregunta qué tal está. La escena me entenece. Pasa el tiempo y observo como esta mujer arropa a su marido con cariño. Cuando sale de la habitación, comenta antes de irse: *Cuidádmelo, cuidádmelo mucho, que es la única joyica que tengo.* ¡Que suerte la de aquellos que han sabido encontrar y conservar las verdaderas joyicas!

Y esto me lo han enseñado ellos, mis pacientes. Me acuerdo de Carol. Quizá muchos todavía comparten sus pensamientos. Sin embargo, yo soy consciente de que tengo la suerte de haber elegido una profesión en la que lo que gano es más que un sueldo a final de mes, pues mis horas de trabajo son la fuente de mi enriquecimiento como persona. ¡Cuántas veces mis pacientes se han convertido en verdaderos maestros! Ya lo decía Viktor Frankl: “El hombre es quien inventó las cámaras de gas, pero también el que entró en ellas con paso firme y musitando una oración”.

Ha acabado mi jornada. Me acuerdo de aquella primera mujer que ganó un premio Nobel, Marie Curie. Estoy segura de que yo nunca llegaré hasta donde ella lo hizo, sin embargo, me gusta repetirme a mí misma aquella frase suya que tan grabada ha quedado en mi cabeza: “La vida no es fácil para ninguno de nosotros, pero, ¡qué importa! Hay que perseverar y, sobre todo, tener confianza en uno mismo. Se nos otorgan dones para cumplir una misión, y esa misión hay que lograrla cueste lo que cueste”.

Hoy, mientras vuelvo caminando desde ese edificio que ya parece convertirse en mi segunda casa, puedo dar las gracias por el momento en el que decidí meterme en semejante jaleo.